



BOLETIN

DE LA

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE NAVARRA.

Año I. Pamplona: Agosto de 1895. N.º 8.

Resumen de actas, acuerdos y comunicaciones de la Comisión de Monumentos.

Sesión del 26 de Julio.—El vocal Arquitecto Sr. Ansoleaga, presentó para que pueda utilizarse en la formación del Catálogo monumental de Navarra, de que hace tiempo se ocupa esta Comisión, una vista fotográfica del pórtico de la iglesia parroquial de Munárriz, que dicho vocal tomó durante la visita que recientemente hizo á ese pueblo.

Manifestó también que había hecho presente al Párroco de la iglesia mencionada, la conveniencia de no destruir una tribuna del siglo XVI que en aquélla existía, y que, según parece, se pensaba en demoler.

Sesión del 16 de Agosto.—El Vice-Presidente Sr. Iturralde y los vocales Sres. Campión y Ansoleaga, dieron cuenta de la excursión que, en cumplimiento de un acuerdo anterior, habían verificado, trasladándose al pueblecillo de Cilveti, con objeto de averiguar si en él se conservaban vestigios ó noticias del antiquísimo monasterio de *San Zacarías*, visitado por San Eulogio de Córdoba.

Dichos señores, además de dar verbalmente minuciosos datos acerca de tal asunto, presentaron algunos croquis de ciertos restos monumentales allí encontrados, y la siguiente reseña consignando el resultado de su exploración, que aunque negativo, á su entender, no carece por com-

pleto de interés y convendrá tener presente para las investigaciones que en aquella comarca se practiquen en lo porvenir.

En cumplimiento de lo acordado, tiempo hace, por la Comisión de Monumentos con objeto de averiguar si los restos arquitectónicos que, según el P. Moret, existían en Cilveti, pudieron formar parte del antiquísimo monasterio de San Zacarías, visitado por el gran Obispo y mártir cordobés San Eulogio en el siglo IX.º, trasladáronse los vocales que suscriben á dicho pueblecillo recorriendo á pie la distancia que media entre éste y el de Zubiri, con objeto de examinar detenidamente el terreno, pues no consta el lugar exacto en que se alzara aquel gran cenobio. Grande era éste, en efecto, tanto por el número como por la santidad de los religiosos que lo habitaban; así es que lo que más ansiaba el Prelado cordobés al emprender su expedición por las montañas de Navarra, para visitar los establecimientos monásticos que en ellas existían, fué llegar «al Monasterio del bienaventurado San Zacarías, situado á la falda de los montes Pirineos y á los límites de la dicha Galia, donde naciendo el río Arga y regando con curso arrebatado las tierras de Zubiri y de Pamplona se lanza en el río Cántabro. *El cual monasterio decorado con famosísimos ejercicios de la disciplina regular, resplandecía por todo el Occidente.....*» «En este Colegio y bienaventurada congregación *que casi pasaban de ciento*, unos de una manera y otros de otra resplandecían como estrellas del cielo, con diferentes méritos de virtudes.....» Así se expresa el ilustre viajero, que con fruición va detallándolas en su célebre carta al Obispo Wilesindo, consignando cómo cada uno de ellos aplicaba la industria de su arte para provecho común; de qué modo entendían la hospitalidad de los peregrinos y huéspedes cual si en ellos recibiesen á Jesucristo, y cómo, *con ser tan grande el número*, ninguno se sentía murmurador; ninguno arrogante; todos guardaban silencio y pasaban la noche en oración!

Probable parecía, pues, que de ese importante establecimiento monacal quedaran todavía vestigios en aquellas soledades; pero ninguno que date de tan remotos tiempos descubrimos en los montes y cañadas que atraviesa el áspero camino que conduce de Zubiri á Cilveti.

Hállase situada esta apartada y reducida aldehuela, distante 4 leguas de Pamplona, al pie de elevados cerros que á corta distancia la rodean, y nada que llame la atención

se nota en élla á primera vista; el templo parroquial es pobrísimo, reducido, relativamente moderno y desprovisto por completo de importancia arquitectónica; pero en la parte más elevada del pueblo, y separada del grupo principal de población, existe sobre verde altozano una vetusta y reducida casa de labranza, llamada *Eliza-zarra*, que según noticias suministradas por el Sr. Párroco del lugar, fué antiguamente iglesia.

Y en efecto, pruébalo una portada románica, que dá hoy ingreso á aquella pobrísima vivienda; un rosetón lobulado que se vé á un costado, en la parte alta del edificio, y una tosca piedra, en forma de pila de agua bendita, que aun subsiste empotrada en uno de los muros interiores de la planta baja, dedicada hoy á cuadra ó establo. Aparte de esos restos, nada indica que aquel edificio pudo servir para tan elevado destino; las paredes son toscas, desiguales, formadas de sillares y mampostería que revelan diferencias de origen y de antigüedad; no se descubren señales de haber existido abside ni bóveda con carácter alguno monumental, y la casa actual, de un solo piso, de reducidas dimensiones y de planta rectangular, está cubierta por un vulgar tejado á dos vertientes.

Lo único, pues, que merece atención, es la portada á que nos hemos referido.

Presenta ésta la forma de arco de medio punto, y la adornan correctas archivoltas que descansan sobre toscas pilastras recortadas en el espesor del muro y coronadas por robusta imposta; los baquetones, junquillos y fajas de las archivoltas mencionadas se distinguen por la finura de la talla, presentando la mayor, ó sea la que constituye la circunferencia, la forma ajedrezada y ostentando las otras cuatro, alternativamente, filas de bolas y estrellas de cuatro puntas.

El carácter general arquitectónico de esa puerta y los detalles indican, pues, que su edificación remonta al siglo XI.º, notándose en élla gran semejanza con las construcciones análogas del estilo románico Normando.

El docto analista de Navarra se refirió, sin duda, á los fragmentos que hemos descrito, y sospechaba que pudieron formar parte del monasterio de San Zacarías, cuando escribía las siguientes líneas: «En el pequeño lugar llamado Cilveti permanece un templo de fábrica bien antigua y magnífica para aquellos tiempos, y duran las líneas de cimientos que se trababan con él y debían de ser de la vivienda del monasterio. De la pequeñez del pueblo no es

creible se levantase tal fábrica con fuerzas suyas, en especial no siendo para iglesia parroquial, sino para ermita, de que sólo sirve.»

Efectivamente; aunque esas ruinas no tienen hoy, al parecer, sobresaliente importancia, y en pueblecillos y despoblados de Navarra se encuentran muchas de su clase que les superan en mérito y grandeza, llama, sin embargo, la atención el verlas enclavadas en aquella humilde localidad que para nada ha sonado en la historia, si no es por la relación que pudo existir entre élla y el cenobio visitado por San Eulogio. Por otra parte, la tradición popular, digna casi siempre de ser tenida en cuenta, (especialmente en comarcas tan escondidas y apartadas como ésta, donde sólo se habla el vascuence,) asegura que en aquel sitio existía un convento, y que en la despoblada cumbre de un monte inmediato que desde allí se descubre—donde se notan grandes montones de piedras labradas, semi ocultas entre la tierra y la maleza,—hubo un monasterio en épocas remotísimas.

La falta de tiempo nos impidió examinar entonces aquellas ruinas, pero opinamos que merecen mirarse con atención, y más adelante será conveniente visitarlas.

Corroboraba también aquélla tradición el testimonio de una anciana del mismo pueblo á la que interrogamos, según la cual en la casa cuya portada hemos descrito, ó sea en *Eliza-zarra*, había una iglesia abierta al culto en el siglo pasado, y en el caserío contiguo, que formando ángulo recto está hoy todavía unido á aquélla, habitaban *cincuenta monges blancos*, cuyas sepulturas se han encontrado allí en diferentes ocasiones al remover la tierra para hacer algunas obras.

Suponiendo que en esos recuerdos, confirmados por otras personas, exista un fondo de verdad ¿Quiénes pudieron ser esos monges? ¿Serían Bernardos, Cartujos ó Mercenarios? ¿Tendría relación con esta última hipótesis, como alguno sospecha, la inscripción que se ve en la parroquia de Cilveti, y la lápida que ostenta una vieja casa del mismo pueblecillo, en la que se consigna que en élla nació en 1681 el Illmo. Sr. D. Miguel de Lerano, General de la Orden de la Merced? (1)

(1) Es esa casa tipo de las de las montañas vasco-navarras; sus muros son de mampostería cubierta de blanquísima cal; los muros laterales avanzan rebasando la línea de la fachada y formando dos robustos contrafuertes que los resguardan de la nieve y el viento; en el centro está la gran puerta de arco de medio punto; consta de un solo piso y sobre las ventanas, pequeñas, cuadradas y colocadas sin simetría, salen del muro

No lo creemos; la Orden Mercenaria no buscaba, como las dedicadas al estudio ó la contemplación, los sitios desiertos ó escondidos, sino las poblaciones de cierta importancia, más propias para la organización de sus caritativas empresas.

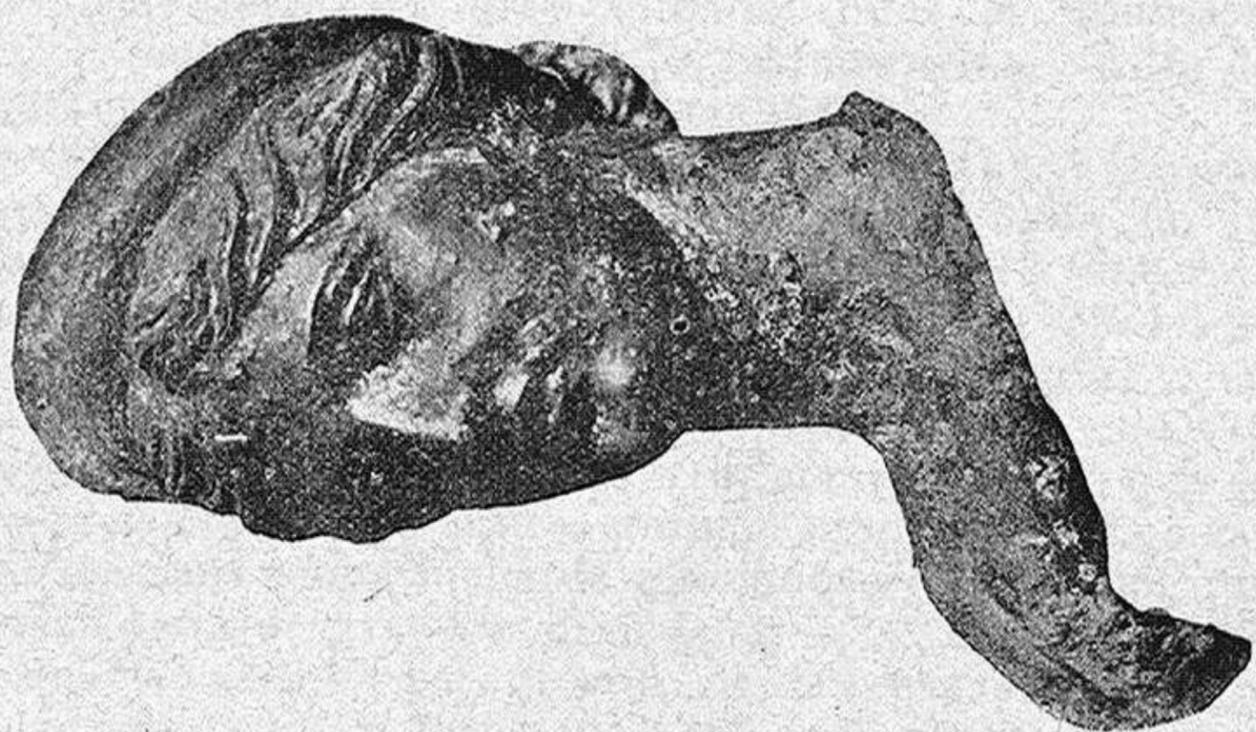
Puede, pues, asegurarse que los fragmentos monumentales de Cilveti no datan de los tiempos en que San Eulogio visitó el monasterio de San Zacarías, sino de dos siglos después, y que ningún vestigio arquitectónico que alcance tan remota antigüedad se descubre hoy en aquel pueblecillo.

No quiere esto decir que el célebre cenobio no estuviese situado en aquel sitio; las indicaciones que acerca de ello hace en su carta San Eulogio de Córdoba son precisas y de grande importancia, y de ellas debe partirse siempre al tratar de ese punto; quizá los restos del grandioso edificio se encuentren enterrados bajo las construcciones que hoy se ven, como sospechaba el P. Moret; tal vez existan en la cumbre cercana antes mencionada, y posible es también, en tal caso, que las ruinas de *Eliza-zarra* y su convento contiguo fuesen un anejo al Cisariense, donde residirían algunos religiosos del monasterio principal, como sucedía en muchos de dentro y fuera de Navarra.

El resultado de la expedición ha sido, pues, negativo, desgraciadamente, pero convendrá tener presentes las observaciones que dejamos consignadas para las exploraciones sucesivas que en aquellos parajes puedan emprenderse.

á guisa de cónsolas, enormes vigas labradas de roble que sostienen robustos soportes y perrotos; sobre los que descansa el alero del tejado de enorme vuelo. Sobre la puerta, pero en el costado derecho, hay empotrada en la fachada una lápida de piedra rodeada por adornos en relieve, en la cual se lee:

El Remo. y Excmo. Sr. D. Miguel de Lerano, Maestro General del Orden de Nuestra Señora de la Merced, Grande de España, nació en esta casa de Urruticoa. Año de 1681. Fué General el día 23 de Mayo de 1744.



Antigüedades romanas en Pamplona.—Cabeza de bronce.

Универзитет у Београју — Факултет за историју — Београд, 2008.

Универзитет у Београју — Факултет за историју — Београд, 2008.

Descubrimiento de antigüedades romanas en Pamplona.

Al dar noticia en el último número de nuestro Boletín de las excavaciones practicadas de cuenta de esta Comisión en los solares de la calle de Navarrería, de esta ciudad, decíamos que se había dispuesto darlas por terminadas en vista del escaso resultado obtenido hasta entonces, y principalmente por tener que comenzarse en aquel sitio la edificación de una casa; pero recomendando á los obreros que en élla habían de ocuparse procediesen en el movimiento de tierras con gran cuidado, pues la Comisión estaba persuadida de que allí se encontrarían vestigios importantes de construcciones romanas.

Y era lógico el suponerlo, porque muchos años hace que al verificar ciertos trabajos en la inmediata calle de la Curia se habían hallado pavimientos de mosaico enterrados á profundidad de dos ó tres metros, de los cuales se conservan algunos restos en la Casa Consistorial y en la antigua Cámara de Comptos, ocupada hoy por esta Comisión de Monumentos. Dichos fragmentos en los que se ven representados los muros de una ciudad, algunos caballos marinos y una lucha de gladiadores, indicaban que el mosaico era de grandes dimensiones, y, en efecto, se notó que se extendía por debajo de las casas de uno y otro lado de la calle. En las excavaciones practicadas por esta Comisión, poco tiempo hace, en la planta baja de una de éllas, aparecieron también, á gran profundidad, gruesos muros de hormigón, de forma extraña, y baldosas de tierra roja con dibujos formados por líneas onduladas, sabiéndose, así mismo, que en el sótano de una casa de la acera opuesta, cuya parte posterior linda con los solares á que nos referimos, habíase descubierto casualmente, á principios de este siglo, una cabeza de estatua; así es que todos estos indicios, que corroboraban la tradición según la cual la ciudad romana se alzaba en el sitio que más tarde ocupara aquélla *ciudad de la Navarrería*, en cuya parte más elevada se construyó la Basílica Pamplonesa, persuadían más y más á esta Comisión de que no sólo existió allí la antigua *Pampelon*, citada por Estrabon y otros autores sino que se había dado con uno de sus monumentos más importantes; probablemente un templo. Los descubrimientos que se están verificando actualmente confirman por fortuna nuestras hipótesis, y, como se verá, son

de excepcional interés no sólo para la historia de esta región sino para la ciencia arqueológica en general.

Efectivamente; al abrir las zanjas para los cimientos de la casa que en esos mismos solares va á construir el Maestro de Obras de esta ciudad D. José Aramburu, han aparecido, á profundidad de uno á tres metros, pequeños trozos de vasijas de tierra roja, de diferentes clases y dibujos, algunas monedas de cobre y varios gruesos muros de mampostería, habiéndose encontrado pocos días hace, en una escavación paralela é inmediata á la acera de dicha calle, una enorme basa de piedra arenisca, trozos de fuste de gran diámetro, una estatua de bronce de tamaño natural, sin cabeza, muy deteriorada y rota en su mayor parte, sobre la cual se había desplomado una gruesa losa, y por último, una cabeza de bronce que por su tamaño se ve no pertenecía á aquella estatua sino á otra de más reducidas dimensiones, y, al parecer, de superior mérito artístico.

Todo estaba enterrado entre fajas de tierra calcinada, y claramente se comprende que allí debió haber un terrible incendio en la época romana, pues esos restos escultóricos guardan claras señales de ello, notándose en derredor suyo, en grandes cantidades, menudísimas partículas de metal fundido.

El Sr. Aramburu, que recojió aquellos fragmentos, los puso desde luego á disposición de esta Comisión para que los copiara y estudiase, como deseaba, y merced á su cortés ofrecimiento, que sinceramente agradecemos, podrán figurar tan notables antigüedades en nuestro Boletín.

La cabecita que hemos mencionado, y reproducimos en el presente número, es de bronce que contiene gran aleación de cobre, y está cubierta de esa hermosa patina verde-oscura producida por el óxido y el transcurso de los siglos; su tamaño, sin contar con la diadema, es decir, desde la base de ésta, ó sea desde la parte superior de la cabeza, hasta la inferior de la barba, es de 0,^m 11.

Aun cuando no es posible asegurar si tan interesante fragmento formaba parte de un busto ó de una estatua, la dirección de las líneas del cuello y del hombro parecen indicar esto último.

Tampoco puede afirmarse en absoluto qué significa ese precioso bronce; pero basta contemplarlo para convencerse de que no es un retrato, sino representación de una dei-

dad, porque aunque en tan graciosa cabeza se descubre el estudio del natural, hállase éste idealizado por el artista, y se ve que la mente del escultor no fué representar un individuo sino un tipo. El óvalo del rostro, de singular corrección, y la armonía de sus rasgos fisonómicos,—que las mutilaciones sufridas por el bronce no han sido bastantes para destruir por completo,—son verdaderamente notables; la frente noble y espaciosa, está limitada por espesa y ondulada cabellera que el artista ha detallado sin caer en el amaneramiento, y de ésta se destacan en la parte superior del frontal y en las sienas graciosos rizos; los ojos son grandes, rasgados y serenos; el arco de las cejas fino y correcto; la boca y la barba—á pesar de las adherencias formadas por el metal fundido, que lo mismo que sobre las mejillas y el cuello cayó sobre ellas—expresan dulzura y firmeza, y las líneas de la nariz y del perfil en general, correctas, delicadas y enérgicas; el cuello, que visto de costado aparece demasiado grueso en su parte alta posterior, quizá por haber querido indicarse de ese modo algunos mechones que cayeran de la base de la cabellera, es correctísimo de frente y se une con singular elegancia á los hombros, resultando de todo ello un busto de notable armonía y belleza, en el que se refleja la influencia que en la estatuaria romana ejerció el arte Helénico.

No teniendo á la vista el resto de la estatua,—que es posible se encuentre todavía, puesto que continúan las excavaciones,—aventurado es afirmar cuál era la deidad que aquélla representaba; la sencilla diadema que la corona no es bastante para indicarlo, pues ese símbolo ó adorno ostentan también muchas estatuas conservadas en diferentes museos de Europa, y dedicadas á distintas diosas y damas griegas y romanas.

Si á Juno no se figurase siempre envuelta en ropaje y túnica que sólo deja al descubierto el cuello y los brazos, creeríamos que el busto de que nos ocupamos representaba á aquella deidad, pues la noble expresión de la fisonomía y sus rasgos, dulces y magestuosos á la vez, corresponden á los que el arte clásico atribuyó á la esposa de Júpiter. Y por cierto que de ser así, esa cabeza hallada en las ruinas de la antigua Pampelon puede, en punto á belleza, sostener sin desventaja la comparación con otras celebradas representaciones de la misma diosa que se conservan en diferentes colecciones de Europa. (1)

(1) Entre las estatuas de Juno que recordamos en este momento, las

De singular interés para la historia del arte sería el conocer el nombre del autor de ese bronce, ó por lo menos la época y el punto en que éste fué modelado y fundido; pero difícil es que pueda jamás averiguarse.

J. I. y S.

Celtas, Iberos y Euskaros.

(Continuación).

Los datos históricos son favorables á los Iberos. Su temperamento es el bilioso: intensivo, más que difusivo, como acertadamente observa Mr. Fouillee (1). Sus pasiones son profundas y reconcentradas; quiero decir, capaces de astucia, cálculo y disimulo; se mueven adentro, no afuera. Juntando en uno la paciencia y la memoria, ni se cansan ni olvidan. Tenaces, vengativos, constantes, leales, valientes, fáciles de engañar una vez, después celosos y suspicaces, inclinados á envidiar á los propios y desdeñar á los extraños. Menos sociables que las demás razas mediterráneas, los Iberos gustan del aislamiento y viven distribuídos en pequeñas tribus montañosas. Quién resistió más larga y denodadamente á los romanos que los españoles? Pocas veces formaban grandes ligas de alianza entre sí. Sus empresas militares se limitaban, por lo común, á *razzias* de beduinos. Carecían de genio aventurero, ávido de conocer nuevas tierras. Strabón dice que preferían la castidad y el honor á la vida; Atheneo, que despreciaban la muerte, pero por causas graves, sin vanagloria. Su traje negro, de lana burda comunmente, denotaba la austeridad de su carácter. Comían y bebían con pobreza y sin deleite. Algunas tribus, empero, conocieron la riqueza y molicie, sin duda por su contacto con los semitas (2).

Tácito, de consuno con otros escritores, nos muestra á los Iberos como hombres de corta estatura, tez morena, pelo rizado, vistiendo sombrías pieles; calificólos, asímis-

que más semejanza presentan con la cabeza de que nos ocupamos son la que existe en el Museo de Nápoles y la del *Cabinet de France*, en París; ambas carecen de velo, llevan idéntica diadema y la última tiene la cabellera recojida del mismo modo que aquélla.

(1) "Degenerescence?.. Revue des Deux Mondes, 15 oct. 1895.

(2) Atheneo (II, 21), los acusa de mezquinos, porque aun en la abundancia se contenían.

mo, de poco guerreros. César describió su modo de pelear, en términos que convienen á nuestros guerrilleros modernos, su sistema de combatir dispersos y á la deshilada, pero afeando el genio levantisco y anárquico de los españoles, que, según decía, no practicaban ni la guerra ni la paz, pues en ésta nunca permanecían quietos, ni en aquélla guardaban la disciplina. Tito Livio dijo con maduro juicio: «ninguna otra tierra aventaja á España en la facilidad para encender guerra. España, la primera provincia en que entraron los romanos, fué la postrera sometida.» Desde muchos puntos de vista fueron los Iberos viva antítesis de los Galos.

Las estaciones de la raza ibérica en la edad neolítica revelan que se alimentaba de la caza y pesca; que carecía de animales domésticos y semillas. Sabía encender fuego, vestíase de pieles cosidas y adornábase con brazaletes y collares de conchitas enhebradas. Utilizó los óxidos metálicos para el *tatuaje* y pintura del cuerpo y cara. Algunos rudimentos de religión poseía; los objetos usuales enterrados con los muertos denotan creencia en la vida futura.

Acerca de cuál fuese la lengua hablada por los Iberos, se disputa mucho. La escuela de Humboldt sostiene que dicha lengua está representada por el actual baskuenze, á quien pide luces para descifrar los nombres é inscripciones ibéricas. Tuvo su época de extraordinaria boga. Después ha sido reciamente combatida, y la reacción, como suele, extremó y exageró sus ataques. Los adversarios de Humboldt, afirman que la lengua ibérica pertenecía al grupo de las lenguas hamíticas. En las inscripciones númeridas antiguas aparecen formas arcaicas de la lengua beréber, que hoy hablan los Tuaregs y Tamaskek y las kábylas. El númerida es, sin disputa, lengua hamítica; éstas lenguas no presentan relación de afinidad con el baskuenze y sí con el nubio y antiguo-egipcio. Mas apesar del número de los contradictores, de lo certero de algunas de sus críticas, del carácter congetural que no acaban de perder las interpretaciones de las leyendas ibéricas y aun del mismo resultado de ellas, la teoría de Humboldt, en sus líneas generales, no ha sido científicamente destruída y es la única que, de un modo serio, disputa el terreno á las demás que se van sucediendo, sin heredarla.

Los esqueletos de Cro-Magnon, según Broca y Quatrefages, cepa antiquísima de la raza ibérica, son el puente

tendido entre los Bereberes y los Negros. Los Bereberes pertenecen al *Homo Arabicus* ó *Mediterraneus* (Bory de Saint-Vincent), que ciertos antropólogos suponen producido por el cruce del «hombre europeo» con tribus negras dolicocefalas del Norte de Africa, muy inteligentes. Quién era ese hombre Europeo? Hé aquí la gran incógnita.

El grupo ibérico ha sido constituido por la coparticipación de determinados caracteres físicos. Forman parte de él, además de los hombres de Cro-Magnon, los de la meseta de la Lozere, los de los túmulos largos de la Gran Bretaña, los Guanches de Tenerife, los antiguos Egipcios, los Corsos, Bereberes, ciertos Galeses, Irlandeses y Escoceses, los Baskos y los antiguos Aquitanos. Consignaré los caracteres que he podido reunir y que son muy incompletos, naturalmente, porque las monografías, de donde habría que tomarlos, haría más útiles que las generalizaciones en que se complacen los autores, son, todavía, muy escasas. Aparte trataré de los Baskos y Aquitanos.

Los cráneos de la caverna del Hombre-Muerto (Lozere) son extremadamente ortognates. Los Guanches y los Corsos vencen, por este rasgo, á todas las razas existentes: después les siguen los Baskos españoles. El prognatismo maxilar (alveolo-sub-nasal) que es el más importante, mide $79^{\circ},77$ en los cráneos del Hombre-Muerto, $81^{\circ},34$ en los Guanches y $81^{\circ},28$ en los Corsos.

Índice nasal: en los Guanches, 44,25; en los Bereberes, 44,28; en los cráneos del Hombre-Muerto, 45,46. Estas razas constituyen un gran grupo leptorrínico.

El índice orbitario de las momias guanches y de los cráneos del Hombre-Muerto es aún más bajo que el de los Baskos españoles, cuya pequeñez excede al de todas las razas europeas existentes. El más bajo de todos los conocidos, es del viejo de Cro-Magnon, que mide 61,36; el de los Guanches, es de 77,01; el de los cráneos de Grenelle (época de la piedra tallada), 81,2; el de los cráneos del Hombre-Muerto, 81,9.

Capacidad craneana: 1.557 centímetros cúbicos en los Guanches; 1.552 en los Corsos; 1.606 en los cráneos del Hombre-Muerto (época de la piedra pulimentada.)

Índice cefálico: en las momias Guanches, es de 75,53; en los Corsos, 75,35; en los antiguos Egipcios, 75,58; en los Bereberes, 74,63; en los cráneos del Hombre-Muerto, 73,22; en los de la caverna de Denbigshire, 76,5; en los de la caverna de Genista (Gibraltar), 75,5; en los de los túmulos largos, 71,25; en los de los dólmenes de la Lozere

(época de la piedra pulimentada), 75,86; en los Irlandeses, 75,0.

Talla: de los esqueletos de Denbigshire, 1 m. 60; de los de los túmulos largos, 1 m. 62; de los Guanches, 1 m. 447.

Los Guanches de Tenerife pasan por ser una rama aislada de los Beréberes. En tiempo de Plinio el joven las islas Canarias carecían de habitantes. Cuando las ocuparon los españoles al principio del siglo XV, los Guanches no habían salido de la edad de la piedra, y habitaban cavernas que tanto les servían de habitación como de sepultura. Del tipo beréber ha trazado el Dr. Topinard el siguiente retrato: su estatura es superior á la media; su cuerpo es de buenas proporciones, menos enjuto y suelto, y más musculoso que el del árabe. Su piel, blanca en la infancia, se oscurece prontamente al contacto del aire. Sus cabellos, negros y derechos, son bastante abundantes; el color de sus ojos, castaño prieto. Es dolicocefalo y moderadamente leptorrino ($81^{\circ},8$). Su cara es menos larga y menos regularmente ovalada que la del árabe. Su frente, derecha, presenta en la base una depresión transversal; los arcos superciliares están bastante desarrollados; la nariz, escotada en la raíz, amenudo es acaballada, pero no aguileña, y oblicua hacia adelante á veces, se levanta en la base de modo que se descubra, de frente, la parte inferior de las ventanas nasales. Las orejas están separadas de la cabeza.

Sus caracteres morales son: un sentimiento vivo de la igualdad, de la caridad, de la dignidad personal y de la libertad individual; la tendencia á la actividad, el amor al trabajo, la economía, el apego al hogar. Es musulmán accidentalmente. Hay muchas probabilidades de que el fondo común de la población en la península ibérica, cuenca del Garona é islas del Mediterráneo, fuese beréber.

En el pueblo beréber, además del elemento moreno, autóctono, y de la infiltración árabe y negra, hay un elemento rubio, procedente del Norte. Por cierto que el señor Tubino, cambiando los términos, hacía de este elemento allegadizo el fondo constitutivo del pueblo beréber.

Ya dije arriba que había sido notado el parecido de los Baskos españoles y de algunos grupos de población en las Islas Británicas. Fundaban el parecido sobre el color de la piel y cabellos, principalmente. El color de la piel es un excelente rasgo secundario de clasificación, pero conviene no olvidar el axioma de Lineo: *nimum ne crede color*. Suele ser de apreciación demasiado subjetiva, y ade-

más, ni aun los mismos antropólogos de profesión, suelen librarse del error de llamar morenos á blancos bronceados por el aire y el sol. Y aun si se mira de cerca las opiniones teóricas de ellos, se verá que no se forman una idea exacta del asunto, pues todo lo reducen á los efectos de la intemperie sobre la piel, llamando morenos á los que se oscurecen y blancos á los que se tornan de color rojo-ladrillo ó se cubren de pecas. La primera propensión predomina entre las razas del Mediodía, y la segunda entre las del Norte. Pero los verdaderos morenos son aquellos que tienen la piel oscura en las partes del cuerpo que no están expuestas á la acción directa de la luz, y de esta manera quedan eliminados de la serie muchos supuestos morenos. Los Baskos, por ejemplo, en opinión de Topinard, constituyen uno de los tipos morenos más notables de Europa; pero es indudable que no asentaría proposición tan absoluta, si se buscara la coloración de la piel donde debe.

La existencia de un elemento moreno en las Islas Británicas parece fuera de toda duda. Hablando de los irlandeses, pueblo hermano de los montañeses de Escocia, decía el ilustre Thierry, que varios de sus rasgos físicos y morales, son los que caracterizan á los pueblos del Mediodía, y mencionaba la cabellera negra y las pasiones vivas de la mayoría de ellos. Mac Firbis señala la raza que denomina de Fir-Boly, de ojos y cabellos oscuros, pequeña y de miembros delgados, que constituía la clase dominada del pueblo irlandés. Esta raza, según Skene, es la de los Silures, ó sea la de los Iberos que precedió á los (pseudo) Celtas.

En Escocia es muy vivo el contraste entre los clanes altos y rubios (como los Mac-Gregór y los Cameron), y los Fraser morenos de las islas occidentales. Según Mr. Price, los montañeses de Escocia pocas veces son altos; pero están bien formados. El color de sus cabellos, generalmente es castaño. Lo mismo sucede entre los irlandeses, aunque también se encuentran cabellos negros; los aldeanos, por lo común, son altos, vivo y movable su genio, grises ó azules sus ojos, larga la cara, pequeña la nariz, con tendencia á remangarse. Supone Price que ha habido un cambio en la coloración del cabello, pasando del rojo al amarillo y de éste al castaño, lo cual atribuye á la alimentación. Trae en apoyo algunos datos históricos; recuerda que Tácito mencionó los cabellos *rutilantes* de los Caledonianos; que las triadas bretonas hablan de los *rojos Gaels* de Irlan-

da; que en la poesía recitada por un bardo ante Malcolm III el año 1057, se atribuye color *amarillo* al cabello de los montañeses. Pero también mencionó Tácito el tipo moreno de los Silures. Estos, y cuantos testimonios históricos se aduzcan, prueban un hecho harto conocido y patente; la presencia de un elemento rubio, rojo más bien, en Irlanda y Escocia; lo que hay es que este elemento va siendo reabsorbido por la población autóctona que era morena y produce el predominio de los cabellos castaños. Lo mismo sucedió en Normandia, donde los invasores escandinavos, en ciento sesenta años, no sólo perdieron su lengua y adoptaron la francesa, llevándola, después, como propia á Inglaterra, sino que se fundió su tipo físico hasta el grado que nos revela el hecho de que en tiempo de Guillermo el Conquistador, la coloración rojiza del pelo era un rasgo tan poco frecuente, que servía de apodo, y se decía por ejemplo, Guillermo el Rojo.

Mr. Price rechaza la opinión de que la clase dominante del pueblo irlandés sea gótica, por su origen, y explica las diferencias entre ella y la dominada, apelando á su socorrido lugar común de la alimentación. Mas la historia nos cuenta las desdichas del noble pueblo irlandés, y sabemos que muchas veces la propiedad del suelo, y la influencia política, por consiguiente, pasaron á manos de gentes extranjeras. Nada tiene, pues, de singular, que parte de la clase dominante sea, no de origen gótico, sino anglo sajón.

La proporción de rubios y morenos, según la estadística publicada por el Dr. Topinard, es la siguiente: en los montañeses de Escocia, el 45,4 por 100 de rojos y rubios, el 23,9 de castaños ó intermediarios y el 30,9 de morenos; en los irlandeses, el 45,3 de rubios y rojos, el 21,2 de castaños, el 31,9 de morenos. Mas la generalización que pudiera sacarse me parece prematura, pues los datos reunidos son escasos, como que se refieren á 1125 escoceses y 90 irlandeses nada más. Sin embargo, los resultados presentan notable conformidad con los que da una estadística norte-americana, formada durante la guerra de secesión sobre número de casos que se califica de «prodigioso.» Según dicha estadística, son rubios el 50,2 por 100 de los escoceses, castaños el 25,7 y morenos el 23,0; y en los Irlandeses, hay 50,5 de los primeros, 20,1 de los segundos y 23,3 de los terceros. Cosa rara, en los ingleses, comparativamente, bajan los rubios (48,9), suben los castaños (26,9) y guardan el mismo nivel los morenos (23,4). Esto demuestra, cuánto conviene desconfiar en estas materias de las

nociones subjetivas; la impresión general de las gentes es que los Ingleses son rubios.

Rama importante de la raza ibérica según común sentir de los antropologistas, son los Baskos. El primer problema que nos plantean, ellos que son la eterna esfinge de la ciencia, pueden expresarlo los siguientes términos: Así como hay un pueblo basko, existe una raza baska?. Y la ciencia actual contesta negativamente, sosteniendo, no sólo que la raza euskara no es pura, que por el contrario, es producto de un mestizaje, sino que el pueblo basko carece de unidad étnica y los Baskos de Francia son diferentes de los de España. Es cosa de repetir el grito de Michelet: ¡me roban mi yo!

Voy á dar, ahora, los caracteres físicos y descriptivos de los Baskos que me parecen más importantes, tanto por su propia significación, como por las relaciones y comparaciones á que pueden dar lugar; unos se refieren á los españoles, otros á los franceses y otros no expresan la circunstancia de nacionalidad, ora porque realmente son comunes, ora porque se buscaron en una sola de las vertientes del Pirineo.

Sobre antropología bascongada tenemos un trabajo digno de la mayor estimación: el del Dr. Aranzadi, que es, hasta ahora, el más completo y minucioso de cuantos se han propuesto el estudio antropológico del pueblo basko. Conviene que cada una de las seis provincias euskaras sea objeto de investigaciones análogas á las efectuadas en Gipuzkoa; las de Navarra, sobre todo, serían interesantísimas, porque este antiguo Reino constituye, dentro de reducido territorio, un inmejorable campo de exploraciones por su rica variedad de altitudes sobre el nivel del mar, productos del suelo, climas, tipos físicos, que á la simple vista lo subdividen en regiones tan individualizadas como la central, riberana y montañesa, no habiendo cosas entre sí más diferentes, por ejemplo, que el campo de Tudela y la vega de Elizondo, como no sean los hombres que los pueblan. Y aun sin salirnos de la región montañesa, difieren notablemente, apesar de su proximidad, el habitante de Val de Erro ó Esteribar, pequeño, moreno y enjuto, y el fornido, musculoso y alto roncalés. Únicamente la antropología es capaz de confirmar ó rectificar las nociones del criterio impresionista y reunir y dissociar lo que verdaderamente haya de estar junto ó separado. El día que tengamos otras seis monografías como la del Dr. Aranzadi, saldremos del período de los titubeos, de

las teorías aventuradas, de las generalizaciones precoces en que hoy nos encontramos.

Los individuos medidos por el Dr. Aranzadi, fueron 250 soldados del regimiento de Covadonga, procedentes de 62 pueblos distintos diseminados por toda la extensión de Gipúzkoa, de 14 de la zona limítrofe bizkaina, con más 2 individuos de Pamplona. De ellos, 225 tenían los dos apellidos baskongados; 21 uno baskongado y otro castellano; 1, uno baskongado y otro expósito; 3, los dos apellidos, al parecer, castellanos. No nos dice el Dr. Aranzadi si esta circunstancia del apellido alienígena se transparentaba en los caracteres físicos. Las medidas llegaron á la cifra de 35 para cada uno de los 250 individuos, y en muchos de ellos, á 57. La senda de las mediciones en vivo, la recorrió antes que ningún otro, dentro de España, mi malogrado amigo é inolvidable compañero el Dr. Landa, cuyo artículo sobre *Crania Euskara* que publicó la *Revista Euskara* (año 1878) contiene datos cranioscópicos importantes, relativos á montañeses nabarros.

La monografía del Dr. Aranzadi, además de las medidas, consigna datos descriptivos; la acompañan cuadros gráficos, contornos, mapas y bustos que facilitan la inteligencia del texto, muy nutrido de hechos. El Dr. Broca fué, propiamente, el creador de la antropología baskongada, iniciada por Retzius; sus conclusiones, aun hoy día, pesan mucho; él afirmó la heterogeneidad baska franco-española. Los Drs. Argellies y Collignon han allegado, también, algunos datos.

(Se continuará.)

Noticias acerca de la Orden de la Merced, en Navarra, y del convento de Santa Eulalia de Pamplona.

(Continuación).

El privilegio concedido por Sancho el Fuerte á los religiosos de la Orden de la Merced para fundar conventos en Navarra, está fechado en el Castillo de Tudela, en la era M.CC.LXX (año 1232.) En virtud de ese privilegio y de las dotaciones con que el Rey quiso favorecer al nuevo instituto, tan rápidamente se implantó éste en nuestra tierra que ya en el mismo año de 1232 se establecieron los conventos de Pamplona, Tudela, Estella y Sangüesa, notándose en la dotación del de Pamplona que

se le supone fundado en el año anterior de 1231, lo cual indicaría que su establecimiento se hizo luego de la entrevista celebrada en Tudela por D. Jaime, D. Sancho el Fuerte y San Pedro Nolasco, y sin esperar la concesión oficial del privilegio mencionado.

Por esta carta de dotación se vé que el Rey D. Sancho donó, para la fundación del Real convento de Pamplona, *una casa suya en el campo del Arenal en el mercado de dicha ciudad, fuera de los muros, junto á la puerta de San Lorenzo*, para que en ella edificaran convento y oraran por su alma y las de sus predecesores, rogando á Dios por la remisión de las penas; y *«porque tenía noticia este año de que muchas personas de importancia, guiadas de inspiraciones divinas, renunciando temporalidades y honores del mundo, deseosos de agradar á Dios é imitar á su hijo precioso en dar la vida por el amor de los fieles, agradados del instituto singular de esta Religión avian recebido el hábito en dicho convento de la Madre de Dios de las Mercedes de la ciudad de Pamplona; porque le encomienden á Dios y rueguen por su alma y por las de sus Padres, Abuelos y Predecesores, Reies que fueron de Navarra, de nuevo les concede dicha casa y huerta, y añade tres viñas contiguas, que tenía, á la dicha casa y huerta, una casa en Jus la Rocha, (que vulgarmente se llama la Rochapea), con el prado grande contiguo á ella, junto al río Arga, y otra huerta grande con arboles y casa junto al mismo río, un molino farinero en el mismo río Arga, camino del lugar de Orcoyen, y una viña cerrada en el término de Artica.»*

Los pactos que se hicieron con el Rey D. Jaime no tuvieron efecto en Navarra ni Aragón, según parece; desistió aquel monarca de su empeño, por absorber su atención la guerra contra los moros de las costas Levantinas, y libre, en parte, de la asistencia que al Rey prestara el Patriarca Nolasco en las conquistas de Mallorca y Valencia, donde fundó varios conventos, acudió á las obligaciones precisas de su Orden celebrando capítulo general en Barcelona en el año 1240. Suplicó entonces, con lágrimas, á sus religiosos le admitieran la renuncia de su cargo de General; pero ni éstos ni su confesor San Raimundo accedieron á ello, acordándose por consejo de éste, únicamente, nombrar un sustituto ó coadjutor que supliese sus ausencias y le aliviase del peso del gobierno, siendo designado para ese cargo Fr. Bernardo de Corbera, varon de singulares virtudes y ciencia.

Asistieron á ese Capítulo la mayor parte de los Prela-

dos de la Orden, y entre ellos figura y suscribe *Fr. Pascual de Subiza, Comendador de Pamplona y Procurador de los Conventos de Tudela, Estella y Sangüesa.*

Muchos é importantes fueron los acuerdos tomados en aquella religiosa asamblea; pero mencionaremos solamente, no por su trascendencia, sino por estar relacionado con el objeto de éstas notas, el nombramiento de *Redentores* hecho por Navarra en favor de *Fr. Fermin Iñiguez de Oriz, en compañía de Fr. Serapio Catalán.* Estos religiosos, á cuya virtud, prudencia y celo fiaba su crédito, por decirlo así, la nueva Orden, emprendieron animosos su expedición y volvieron felizmente con los cautivos redimidos, debiendo consignarse que en otra redención fué Fr. Serapio Catalán, (*San Serapio*, dice con justicia el código que extractamos), martirizado gloriosamente en Túnez.

Merece asimismo recordarse que, según consta por el testimonio de su establecimiento, el convento de la ciudad de Tarragona, en el principado de Cataluña, fué fundado en el año 1241 por Fr. Pedro de Adunate, hijo del convento de Pamplona, «*hombre de muchas prendas, prudencia y letras,*» á quien el Rey dió para ese objeto una gruesa hacienda compuesta de casa, campos y heredades, situados en la villa de Prast, que el monarca había confiscado á un vecino.

Algún tiempo después, hacia el año de 1243, el Rey de Navarra D. Teobaldo, que reconocía á San Pedro Nolasco como deudo y le estaba agradecido, pidió al santo viniese á su reino para comunicarle asuntos de importancia, que aunque ya le había indicado por cartas, deseaba tratar con él verbalmente; defirió Nolasco á sus deseos, y autorizado por el Rey de Aragón, partió para Navarra, donde fué acogido con veneración por el monarca, la nobleza y el pueblo.

Graves eran, por lo visto, las materias de la consulta, entre las cuales fué quizá la más importante la relativa á las pretensiones de D. Teobaldo al reino de Aragón, fundadas, á lo que parece, en los principios de aquella monarquía y en la inhabilitación del Rey D. Ramiro el Monje y sus Sucesores. (1) Pero el santo religioso, como en

(1) Como ya hemos dicho en el preámbulo de estas notas, al trazarlas *no ejercemos de crítico*, ni nos proponemos por consiguiente aquilatar el valor de ciertos datos y aserciones referentes á puntos de historia general; si los mencionamos es porque puede encontrarse en ellos algo que merezca tenerse en cuenta; pero lo que para nosotros encierra interés es lo que se relaciona con el establecimiento de la Orden de la Merced en Navarra y particularmente en Pamplona, cuyas no-

otro tiempo lo hiciera á D. Jaime de Aragón, aconsejó á D. Teobaldo que suspendiese sus pretensiones, ya por estar consolidada la posesión de aquella corona, ya, sobre todo, porque de no hacerlo se originarían graves daños para la Cristiandad, turbándose la paz entre Navarra y Francia, (que le favorecería) y Aragón y Castilla que habían de oponérsele.

También cumplió Nolasco su misión de paz dirimiendo las diferencias que parece había por entonces entre el Rey D. Teobaldo y el Obispo de Pamplona.

Pero el espíritu de ardiente caridad que abrasaba á Nolasco no se satisfacía con los beneficios que sembrara en las Cortes de Aragón y Navarra; la redención de los cautivos era su constante pensamiento, y el padecer y sacrificarse por ellos, constituía sus ensueños generosos; las que personalmente había realizado en tierras de Valencia no le habían proporcionado los sufrimientos que esperaba, pues hasta los mismos infieles le manifestaban veneración; así es que resolvió pasar á más lejanos países, donde ni su nombre ni la amistad con que le distinguía el Rey D. Jaime fuesen conocidos, y esperando alcanzar, quizá, la gloria del martirio, trasladóse á Argel, «*cárcel común de católicos, cruel depósito de Bárbaros enemigos,*» ciudad á donde aportaban la mayor parte de los barcos piratas, y en la cual se había establecido un verdadero mercado y centro de cautivos cristianos que gemían aherreojados en inmundas mazmorras.

Pronto se vieron cumplidos, por lo menos en parte, sus deseos, y en el interesante episodio que á ese propósito se lee en nuestro código, aparece el nombre de una navarra de ilustre prosapia de quien se ocuparon crónicas é historias de aquel tiempo, notable por su hermosura, sus amores con D. Jaime de Aragón, su encumbramiento y sus desgracias, y respetable por la singular piedad que demostró en los últimos años de su vida y por su ejemplar y santa muerte; D.^a Teresa de Vidaurre.

Por esa circunstancia, y por lo novelesco de ese episodio que hubiera podido servir de asunto para una de sus más románticas obras á cualquiera de nuestros afamados dramáticos del siglo XVII, lo relatamos á continuación, pues sería de lamentar que tan curiosas noticias, escon-

ticias, tomadas sin duda por el autor del manuscrito que extractamos en los archivos de su Orden en este antiguo reino, están apoyadas en su mayor parte en documentos fehacientes y son, por lo tanto, dignas de respeto.

didadas en la olvidada crónica de un convento, y desconocidas casi por completo, se perdiesen ó permanecieran ignoradas.

(Se continuará.)

NOTICIAS

Según leemos en la revista *Etudes Historiques et Religieuses du Diócese de Bayonne*, el Sr. Canónigo Douais ha hecho, y publicado en un folleto, el análisis del *Leccionario* de Leyre que nuestro respetable amigo, el Director de aquella publicación Mr. V. Dubarat, le había prestado. Según dicho Sr. Dubarat, ese trabajo, que inserta el *Bulletin de la Société Archéologique du midi de la France*, no está desprovisto de interés: su autor hace remontar aquel voluminoso códice al siglo XIV y en él copia, in-extenso, el calendario de Leire, donde según parece figuran más santos franceses que españoles. Quizá para explicarlo dícese en la Revista de Pau, que *Aragón era una especie de provincia de la Francia meridional*, con lo cual no podemos estar conformes.

Leire no estuvo situado en Aragón, ni formó parte de aquella corona; el venerando monasterio Legeriense enclavado desde su origen en territorio navarro, *corte y corazón de este reino*, (como le llamó D. Sancho el mayor), refugio de la iglesia de Pamplona y Panteón de nuestros Reyes, fué siempre navarro y navarro es en la actualidad. En cuanto á Aragón, creemos que ni geográfica ni históricamente puede calificársele de provincia Francesa; si algún país tuvo leyes é instituciones privativas, glorias propias, y espíritu independiente fué aquel, y creemos que la similitud de la lengua empleada en ciertas comarcas de la antigua *Coronilla* y el mediodía de Francia no es bastante para justificar aquella aserción.

Por lo demás, nos felicitamos de que, como lo ha hecho

Mr. Douay, se desentierren y estudien nuestras antigüedades, lo cual no impide recordemos con profunda pena la suerte de aquella admirable biblioteca y archivo del monasterio de Leire, de los cuales formaban parte el Leccionario y calendario que hoy posee el presbítero Mr. Dubarat. Este respetable y erudito escritor, adquirió en Pau, años hace, aquel curioso códice, y la feliz circunstancia de que fuese á parar á tan dignas manos, salvó el venerando manuscrito de la destrucción. Pero ¡cuántos otros no han desaparecido para siempre con grave perjuicio de la historia, á consecuencia del saqueo de que fueron víctimas Leire y otros muchos cenobios de nuestra patria, destruyéndose brutalmente ó malvendiendo sus tesoros artísticos y literarios en España y en el Extranjero!

Según vemos en la prensa madrileña, el día 5 de Julio último tuvo lugar la reapertura del *Museo Arqueológico Nacional* en su nuevo y magnífico palacio; la amplitud de los nuevos locales ofrece grandes ventajas para la instalación y clasificación de los objetos, que continúan divididos, como anteriormente, en cuatro secciones; á saber: 1.^a *Protohistoria y edad antigua*; 2.^a *Edades media y moderna*; 3.^a *Monetario*; 4.^a *Etnografía*.

Contiene la 1.^a una sala de objetos prehistóricos; otra de Egipto y varios pueblos del Oriente; otra de la España ante-romana y otras de la época clásica de Grecia y Roma.

Comprende la 2.^a sección, diferentes salas representando las civilizaciones de la España medio-eval, (cristiana y árabe) viéndose, en otras, porcelanas, tapices, &.^a, de la época moderna.

En la 3.^a ó sea la destinada á las colecciones de numismática, hay preciosos ejemplares. Y, por último, la sección 4.^a, destinada á la etnografía, consta de cinco salas de antigüedades Americanas, Indias, Persas, Japoneses, Chinas y de nuestro archipiélago Filipino, notabilísimas por su número y rareza.